



# Tierra y Libertad

Barcelona, 12 de diciembre de 1931

SEMANARIO ANARQUISTA

Año II - Núm. 43 - 15 CÉNTIMOS

## La revolución invisible

### Hoy y mañana

La visión superficial de los acontecimientos que en mayor o menor grado alteran la vida cotidiana produce una especie de repertorio ocasional de conceptos, superpuestos también, carentes de perspectiva y de verdadera objetividad. Esos conceptos pueden extenderse y se extienden de hecho con caracteres negativos, y acaban por tornarse una especie de cortina de gases asfixiantes. No hay asfixia como la del tóxico. España es un semillero de tópicos y frases hechas, moldes gastados, cortinas de niebla.

Uno de los tópicos es aquel de cuyo uso y abuso ha llegado a hacerse verdadero cuerpo de doctrina, y se refiere a la incapacidad revolucionaria de España. De sobras conocemos los argumentos: Inglaterra hizo una revolución segundo la sabiduría de Carlos I, Francia empleó la guillotina contra la nobleza y las fiestas coronadas. Alemania implantó el libre examen religioso y científico. Rusia hizo dos revoluciones en el tiempo que empleó una república americana para hacer doscientas. Italia vibró de emoción liberal con Garibaldi. Portugal eliminó la corona a rajatabla. Los imperios centrales de Europa cayeron como caen las hojas de árbol en Noviembre. Las dos Américas eliminaron el yugo de España y el de Inglaterra. España, en cambio, sólo tuvo cuarteladas y pronunciamientos.

Tal dicen los que gustan de pasear y no de cavar en el campo histórico, los turistas, la legión de repetidores, de gramófonos ambulantes, los que si tuvieran tres pies, podrían servir de tripodes. Es más fácil ser turista que minero. El turista patea, y el minero arranca mineral.

La realidad, la honda y efectiva realidad, el hecho auténtico y concreto, la verdad comprobable, la sensatez vibrante, los datos objetivos, dicen cosas muy curiosas. Apartemos de momento la lupa que mira al mundo vario, las revoluciones distantes y distintas como nubes o, desnaturalizadas o incompletas, en potencia o en eclosión. Filémonos, de momento, en nuestra latitud familiar, donde vivimos y luchamos.

Es un hecho evidente que el problema del campo no puede resolverlo ningún conglomerado oficial, ninguna junta de doctores, ningún comité de los llamados técnicos. Sólo pueden resolverlo los mismos campesinos, con ayuda de otros oprimidos como ellos, y sólo puede consistir la solución en expropiación a los terratenientes. ¿Cómo? Tomando posesión de la tierra para explotarla socialmente. Se objetará que la tierra está aún en poder de los propietarios. Teniendo en cuenta los términos del código civil y de la ley hipotecaria, es evidente; viendo lo que ocurre, no lo es tanto. Los campesinos de muchas zonas de España se han unido para desvalorizar la tierra, para destruirla como valor de compraventa, para expropiar directamente la renta, símbolo de propiedad y dominio como ningún otro, para hacer, en suma, la revolución invisible, cuyo complemento será la revolución directa.

En Rusia, mucho antes de que naciera Lenin, los campesinos tenían, en algunas regiones, cooperativas sin empresa ni apropiación privada, sociedades en las que se practicaba el apoyo mutuo. Con el zarismo y con el bolchevismo, aquellos campesinos han sido explotados por el Estado, tanto imperial como ese otro tragadunas político que se llama comunismo. Resulta, pues, que, en realidad, lo mejor hecho, lo más moral, ha sido lo que ellos mismos, los campesinos, han realizado directamente, por propia iniciativa y libre acuerdo. Y eso que han hecho ellos en todos los tiempos es la efectividad revolucionaria, no la toma del poder por Lenin y los suyos, aparato su y teatral. Una vez más, se confirma el punto de vista anarquista, adverso al poder. Si la competencia campesina para el apoyo mutuo se desarrollara debidamente, la revolución invisible favorecerá la directa en el campo, de tal manera, que será su mejor crédito para consolidarla cuando los hombres todos, los de la ciudad y los del agro destruyan la autoridad, raíz y principio de servidumbre cuando se acepta por los que la sufren, sin tener en cuenta que los dictadores forjan rayos contra todos, menos contra ellos mismos, y que si son partidarios de la dictadura la forman y usan únicamente contra los demás.

FELIPE ALAIZ

## La revolución nos llama

En buena lógica y en justicia, nadie que tenga un ápice de sentido común y de sensatez puede negar el derecho a la crítica y al comentario. Todo lo humano, todo lo que se forma y transforma por virtud del ingenio del hombre, está sometido a la crítica, a la rectificación, a la superación o, si tan no es, a la acción destructora de otras fuerzas más justas y más perfectas. Todo en la vida se renueva, se cambia, se perfecciona, y, por no haber nada infalible ni inviolable, tiene que aguantar las acusaciones y las condenaciones a sus defectos y a sus malas acciones. Si alguien, en un arranque de hipertrofia, se ha creído que después de él se ha terminado el mundo, será cuestión de decirle a ese alguien que detrás y antes que él, hay una colectividad obrera con la dignidad y con la vergüenza suficientes para no soportar desprecios, agresiones ni chulerías de nadie; que a pesar de él y contra él, se hará labor de crítica, de subversión y de preparación revolucionaria, y que se está dispuesto, aunque le duela a todos los republicanos del culto al látigo y al mazo homicida, a terminar de una vez para siempre con todo lo que obstaculice el camino de la libertad y ponga trabas a los deseos del pueblo, que aspira a la instauración de un medio social que garantice el derecho a la vida y a la libertad.

Sabemos que la República dispone de grandes fuerzas, de innumerables elementos que esperan ansiosos la orden oportuna para hacer hablar las pistolas y lanzarse como hordas salvajes sobre los sindicatos obreros de la Confederación Nacional del Trabajo. Hay una idealidad y una fuerza que vive y se agita dentro de las organizaciones obreras que no deja tranquilos a nuestros gobernantes. El anarquismo, en España, es el único peligro que se le ha presentado a la República. Los republicanos no temen ni a los curas ni a los frailes, ni a sus amigos los guerrilleros del Norte; pero el anarquismo se les atraganta y se le sindigesta, por lo que representa y por lo que vale. Saben que los deseos del pueblo sobrepasan a toda República y a todo régimen de gobierno, y que el anarquismo, hoy, es lo único que interesa, por su dinamismo y por su empuje radicalmente transformador, y del cual se esperan las realizaciones más útiles y más deseadas por la clase trabajadora y el pueblo en general.

A los intelectuales y a los anarquistas se nos atacan de la manera más despiadada y más inhumana. Se nos quiere destruir. Hoy, tener personalidad propia, desear y laborar por la instauración de un régimen social sin gobiernos, escapar de los estrechos moldes de la moral y las concepciones republicanas, es considerado como el máximo delito y la mayor agresión inferida al

régimen republicano. Ciertos conceptos de un marxismo degenerado van tomando posición en la moral y en las ideas del gobierno.

Quien más pelagra en esa intencionalidad del terrorismo de represión es la Confederación Nacional del Trabajo. Ella ha de ser el blanco de todos los golpes y el motivo de todas las agresiones. El gobierno se ha empeñado en terminar con ella, o perecer en la lucha.

A veces, muy a pesar nuestro, se presentan ocasiones en que, por dignidad colectiva, se tiene que acelerar en un sentido abiertamente revolucionario. Hemos de recordar que nunca las revoluciones han sido el privilegio de partidos políticos ni de organizaciones heterogéneas. Y un mentido amor a la organización no puede—no debe—ser motivo para abandonar al pueblo en trances de verdadera dificultad. Hay abandonos que merecen el calificativo de traiciones. La indiferencia también es condenable, por lo que tiene de inhumano y porque es un sentimiento—prejuicio—netamente burgués.

Ahora mismo, la revolución está dando grandes aldabonazos en las puertas de la Confederación Nacional del Trabajo. Las luchas internas y el confuso griterío de nuestras disputas no nos dejan oír las insistentes llamadas de fuera. Ni vemos las llamas revolucionarias que elevan los cortijos de Andalucía, ni todo un pueblo puesto de espaldas, cruzado a balazos, que reclama, dolorido, la intervención salvadora de la Confederación Nacional del Trabajo. No hay más remedio. El pueblo se abanza imponente hacia la revolución, que se provoca desde arriba. Si no orientamos esta revolución, las masas se apartarán de nosotros, y ¡quién sabe si, empujados por la revolución, nos arrollarán a todos y nos harán sufrir el rubor de las traiciones!

Los que crean que no ha llegado aún la hora, que aun no se sufre bastante hambre, y que son pocos los obreros sin trabajo, y que no se han asesinado el número suficiente de trabajadores; los que opinan que este régimen de máximo fascismo y tiranía puede coexistir con un lapsus de tiempo para prepararnos y capacitarnos revolucionariamente, que tengamos—ex lo menos, que se les puede pedir—la misma fidelidad de no estorbar en nada a los que creemos que debe irse a la revolución sin demoras ni dilaciones que humillen.

A. G. GILBERT

**Camaradas: los obreros en paro forzoso tienen ante sí un invierno de hambreyfrio. Prestadles vuestro apoyo; combatid el destajo y pedid la jornada de seis horas.**

## Teníamos razón

Cuando en toda la tierra de España la política llamada obrerista y los políticos iban del brazo para traerlos este fascismo que deshonra a quienes lo sufren, TIERRA Y LIBERTAD se alzó claramente contra todo confabulario. Hacíamos honor a la limpia historia de TIERRA Y LIBERTAD, y queríamos seguir la misma trayectoria, cosa que hicimos sin desmayos ni flaquezas.

Seguimos un camino ideal, y ahora lo constatamos, pero, vean los que creen que el ideal es separable de la realidad, comprobamos también que el contenido de aquellas afirmaciones libertarias expresadas al ideal, y ellas eran también expresión fiel de lo más conveniente y práctico.

La intransigencia de entonces se ve ahora justificada por lo que representa la República, conglomerado fascista. Nos llamaron fanáticos y ahora resulta que los fanáticos son los políticos y sus comparsas asesinando al pueblo. Nos llamaron intolerantes, y ahora resulta que los intolerantes son ellos. Nos llamaron dogmáticos, y ahora resulta que sus contemplaciones con los dogmas políticos son cosas dogmáticas por esencia, presencia y potencia. TIERRA Y LIBERTAD, sólo con la razón, ha venido a los insensatos. Después de las fuerzas republicanas, la represión ha venido a ser como el opio para los bendos, pero nosotros no bebimos aquel licor nauseabundo que tan bien pasaba por ciertos paladares, y estamos sin contaminar. Nosotros dijimos entonces lo que ocurriría hoy, y los políticos, incluso los circunstanciales, sólo hablaban como hablan los bendos; hablaban el vino por ellos.

## Idealismo y realismo

Consideradas en sus fórmulas dogmáticas, como construcciones imaginativas de un genio visionario, todas las ideas parecen contradecir la realidad. Es necesario, pues, que exista una relación de progreso, de cultura, de civilización entre el concepto teórico y las conquistas espirituales que se derivan de los grandes movimientos sociales plasmados en una ideología revolucionaria.

Todas las religiones fueron en su origen herejías condenadas por los defensores del dogma y rechazadas por la fe de los creyentes, porque negaban la eternidad de las verdades reveladas y contradecían la moral, los costumbres y los hábitos de los pueblos. El idealismo está en contraste con la realidad inmediata, aún cuando sea una fuerza espiritual impulsada por el anhelo de saber, por la inquietud de los que dudan, por la energía de los que descubren en las miserias del presente la belleza del futuro.

Dos estados mentales distintos sirven para demostrar el fracaso de un ideal contrario a la realidad inmediata. Primero se manifiesta la duda sobre la eficacia del concepto teórico; sobre la obstrucción. Después se juzga los resultados prácticos de la idea aceptada y realizada, comparando el dogma con los hechos que justifican sus propósitos y con las realidades sugeridas por su trayectoria histórica. ¿No es ese el caso de todas las religiones, que fueron en su origen movimientos revolucionarios, pero que terminaron por ser el justificativo de las malas acciones, de las injusticias seculares, de los infortunios de los miserables que hacen del mundo un terrible infierno?

Las ideas sociales han roto la cadena de los dogmas, destruyendo la infalibilidad de los sacerdotes y proclamando la bancarrota de las creencias religiosas. El socialismo no es una fe: es una concreción espiritual del progreso humano, de las revelaciones científicas, de la cultura adquirida por el hombre en el estudio del pasado y en el examen de los hechos presentes. Pero no bastan las fórmulas lógicas, las definiciones generales de la ideología revolucionaria para determinar un movimiento de avance de los pueblos. Perduran los errores pretéritos, las viejas enanas persisten en la entraña de la civilización burguesa, la fuerza de las cosas muertas es todavía una carga denudando pesado para el hombre que aspira a ser libre.

He ahí por qué el idealismo, que es un sentimiento, está en contraste con la realidad, que es razón pura: que es materia. ¿Cómo conciliar las ideas con los hechos? ¿Cómo llegar a la justa medida entre lo que se piensa y lo que se ejecuta? Oponebdo a la moral, a los costumbres, a las creencias aceptadas, un nuevo sentido de la vida; combatiendo la mentira dogmatizada con la verdad todavía no revelada al hombre que vive bajo la sugestión del pasado y está condicionado por la realidad inmediata.

Esta enorme tarea no puede ser ejecutada formulando una utopía sin fuerza de sugestión y de ejecución. Si los anarquistas nos limitáramos a propagar un ideal de futuro, sin hacer nada por realizarlo; si profesáramos el dogma de la libertad, pero en la práctica fuéramos tan esclavos del prejuicio como el resto de los hombres; si toda nuestra propaganda se circunscribiera a defender el pan de cada día y a combatir el privilegio económico, dejando que el obrero continuara siendo un instrumento de las llamadas necesidades históricas, ¿no sería la anarquía una simple especula-

(Pasa a la 2.ª página)

## Centralismo y federalismo

Centralismo y federalismo no son dos formas casuales que brotan de las necesidades de una táctica; son dos fenómenos distintos, en los cuales se encarnan dos concepciones de la vida social y de su desarrollo. En estas dos formas de organización, es en las que se encarna la diferencia de Estado y sociedad. La organización de la sociedad es un organismo natural, el cual se desarrolla de abajo hacia arriba y que se mantiene por los intereses mutuos y las necesidades de los hombres. Su objeto es la defensa de los intereses comunes. La organización del Estado es un organismo artificial, impuesto a la fuerza a las grandes masas; desde arriba, por minorías privilegiadas determinadas. Su objeto no es la defensa de los intereses comunes, sino la defensa del predominio económico y político de las clases privilegiadas, a costa de los pueblos esclavizados. El federalismo es la organización natural de agrupaciones sociales, que se funden en la igualdad de derechos y deberes de todos y en la responsabilidad individual de cada uno. Antes de que existiera el Estado, fué el federalismo la única forma de organización entre los diversos grupos de hombres. La unión de los tribus en el período del salvajismo, las federaciones de las comunas rurales en las épocas bárbaras, los miles de corporaciones y gremios en el tiempo de las ciudades libres, en la Edad Media. Todos ellos eran fundados sobre una base federalista. Cada organización era autónoma en sus resoluciones y tenía su propia administración. Los intereses y aspiraciones comunes unían a las distintas corporaciones en mayores o menores federaciones, para poder llevar a cabo empresas más importantes, en las cuales todos estaban interesados y las que ninguna organización podía realizar sin la ayuda de las demás. De manera que la federación era el encadenamiento orgánico de organizaciones únicas para un fin determinado. Y no anulaba la autonomía de cada uno de sus miembros, sino que, al contrario, le daba aún mayor expresión.

El centralismo moderno es un nuevo fenómeno en la historia. El Estado y la Iglesia fueron sus descubridores. No tan sólo intentaron ambos organismos encuadrar los hábitos y costumbres naturales de los hombres en especiales formas legales, para

así poder mantener el predominio de los privilegiados; también crearon las nuevas formas de organización, lo que les dió la posibilidad de realizar sus planes. Es peculiar a cada Estado y a cada Iglesia el ahogar en el hombre el espíritu de autonomía e independencia, el hacer de él una especie de tornillo, de engranaje en el mecanismo, el cual es movido por una fuerza superior.

Saint-Just, el amigo de Robespierre y el defensor más fanático del centralismo, proclamó que la tarea más alta del legislador en un Estado centralizado consistía en paralizar la voluntad individual del ciudadano y enseñarle a pensar en el espíritu de la razón del Estado. Pero la mencionada «razón del Estado» era siempre la razón de la minoría privilegiada, la que está en la cúspide de la unión central, y el sueño que acariciaba el Jacobino Saint-Just era siempre el objeto final de todos los representantes del principio centralista en todos los Estados, todas las Iglesias y todos los partidos. La peor desgracia que podría ocurrir al movimiento obrero socialista era que la mayoría de sus partidarios copiar la forma de su organización, de la Iglesia y el Estado, o sea, de las instituciones más reaccionarias en la historia humana.

Verdad que los defensores del centralismo en el movimiento obrero moderno nos dicen que la centralización del movimiento es una necesidad, porque el Estado y el capital organizan sus fuerzas de manera centralizada. Pero este argumento no tiene el menor valor ni consistencia. Si el lobo se come los corderos, no es ninguna demostración de que los corderos tengan que hacer lo mismo. Si el Estado, el agente político de las clases poseedoras, pretende centralizar todas las fuerzas e instituciones del país, es porque ha comprendido que la unidad espiritual es el mejor medio para regir a un pueblo. La organización de unidades espirituales es el ideal más alto de cada Estado; es enemigo a muerte de toda variación, de todo sentimiento individual, de todo pensamiento propio. Para él, existe únicamente el hombre, sólo para poder utilizarlo como el caballo utiliza los ladrillos inertes.

RODOLFO ROCKEF

## Lo que es la deportación en Italia

Unos 1.200 deportados políticos sufren los rigores de la deportación en una superficie de dos kilómetros cuadrados—cuestados por doble fila de soldados fascistas, a cincuenta metros uno de otro—sin ninguna posibilidad de trabajar—sistemáticamente provocados a diario—sangrientamente flogelados, muchas veces sin motivo alguno, incluso delante de sus hijos y mujeres—extenuados y hambrientos...

De las Islas del Tirreno, Mediterráneo y Adriático lanzan al mundo el más desesperado llamamiento: estas víctimas de la barbarie fascista esperando hollar eco en los hombres de conciencia libre de otros países para que acudan con arreglo a sus posibilidades a mitigar las necesidades (hambre y abrigo) de sus hijos y mujeres.

Vosotros que vivís en un país donde la libertad es sagrada y el pensamiento libre, difícilmente podréis comprender el trágico calvario de aquellas pobres criaturas martirizadas.

Pensad que solamente en la Isla volcánica de Lipari, en un año, de 500 deportados se tuvo el siguiente espantoso balance:

- 118 físicos.
- 43 heridos por milicianos fascistas.
- 37 locos.
- 4 suicidas.
- 1 muerto a bayonetazos en la garganta.
- 2 ejecutados a bastonazos por los fascistas.

107 padecieron injustos castigos carcelarios en las horribles prisiones de Lipari y Milazzo, con una duración de tres a diez meses.

El Tribunal Especial, en cinco años de funcionamiento, ha distribuido 8.000 años de cárcel a los políticos italianos, muchos de los cuales tienen numerosa familia.

El Gobierno fascista mantiene a los deportados con cinco liras diarias y a sus hijos con cincuenta céntimos cada uno. ¡Un kilo de pan cuesta dos liras!

¡Ciudadanos! Pensad que en las Islas de destierro italiano los deportados han devorado ya todos los gatos, perros, burros y caballos inservibles, incluso enfermos.

Pensad que más de 800 niños desnutridos y espantados por los malos tratos infligidos a sus genitores, mueren allá de pena y hambre. Delgados, vestidos con harapos y arpilleras, muchos ya típicos, aguardan con terror los violentos y tempestuosos inviernos de nuestros mares.

En vuestro país las leyes del Estado y muchas instituciones privadas defienden a los animales asisténdolos cariñosamente en las enfermedades. Ese mismo derecho se nos niega en el nuestro para los presos políticos; porque en Italia, quien ayuda a los niños enfermos y hambrientos de los presos políticos es a su vez condenado por el Tribunal especial a muchos años de cárcel y, en el mejor de los casos, deportado.

Vosotros que tenéis corazón, y un alto grado de sensibilidad y de cultura, los que

sois susceptibles de sentir compasión por los pobres niños inocentes víctimas de la barbarie que existe, dadles siquiera los vestidos que queráis y recordadlos en los momentos en que hayáis satisfecho vuestras más imperiosas necesidades materiales. Tened la seguridad de que vuestro gesto de solidaridad humana, en momentos tan tristes y trágicos, no serán nunca olvidados de nosotros.

LA SECCION ESPAÑOLA DEL C. I. A. A.

Nota.—Los envíos de dinero y efectos de vestir, pueden hacerse a «El Libertario», Flor Alta, 10 (Madrid).

## Nuestros anhelos

Los anarquistas y todos cuantos luchan por una sociedad libre donde cada cual consume según sus necesidades y trabaja según sus fuerzas, llamamos a nuestro lado a todos los insularios para unar nuestras fuerzas y marchar en pos de nuestras reivindicaciones.

La clase privilegiada que vive a costa de nuestro esfuerzo, nos lleva de perturbadores de la sociedad. Pero su maldad no basta a convertir en una realidad indeseable esa gran mentira, esa mentira infame con la que tratan de desprestigiarlos.

Es verdad, empero, que nosotros combatimos al Estado y preconizamos su total extinción, pero es porque la historia nos ha enseñado que sólo está al servicio de los capitalistas para perpetuar la explotación que éstos someten a los proletarios. Al desaparecer el Estado desaparecerá automáticamente el capitalismo, y el hombre vivirá libremente en una sociedad libre.

A más de otras vergüenzas para la sociedad del hombre, el capitalismo engendra la prostitución. Si beneficiásemos del producto de nuestro trabajo, nadie llegaría a prostituirse, ni existiría el robo, por la sencilla razón de que la propiedad privada no existiría.

El proletariado, que todo lo produce, recibe de la burguesía una ínfima parte del producto de su trabajo, pues el capitalista se queda con la parte del León, merced a lo cual llega a ser propietario de la casa donde se alberga el productor, añadiendo una eslabón más a la cadena de explotación de que le hace objeto.

Ya a la sombra del capitalista viven los intermediarios, con ansias de llegar a ser capitalistas a su vez.

Todo esto no es posible en la sociedad que nosotros anhelamos, y esto es lo que debe pensar todo productor para unirse a nosotros y llevar a cabo la revolución social que ha de barrer el ominoso sistema capitalista que nos agobia.

Esa revolución está ya cercana, se aproxima a pasos de gigante y debemos estar prevenidos para entregarnos con fe a la lucha para llegar al triunfo y que la igualdad social sea un hecho en breve plazo. DIXEO PASTOR